

**Germán CARRILLO y Justo CUÑO (compiladores), *Historia agraria y políticas agrarias en España y América Latina desde el siglo XIX hasta nuestros días*, Madrid, Ministerio de Agricultura y Pesca, Alimentación y Medio Ambiente, 2017, 509 páginas. Introducción de Josep Fontana. ISBN: 978-84-491-1475-5**

El libro que comentamos se encuentra a medio camino entre un estado de la cuestión y una síntesis de historia agraria, si acaso con un sesgo mayor hacia la segunda. En algunos trabajos se revisan los resultados de la investigación reciente y se contrastan opiniones diferentes, pero la mayoría llevan a cabo síntesis muy detalladas de los diferentes aspectos tratados. La inclusión en una misma obra de trabajos referidos tanto a América Latina como a España, con una distribución muy equilibrada, constituye otro de sus rasgos más destacables. Y, aunque los editores no han añadido una introducción para resaltar las líneas generales de los textos, la obra va encabezada, a modo de presentación, por el que habrá sido, sin duda, uno de los últimos textos del recientemente desaparecido Josep Fontana.

Los sucesivos capítulos se organizan como una secuencia que cubre, con desigual profundidad, los siglos XIX y XX. Y la extensión de muchos de los trabajos (con más de cincuenta páginas en gran parte de ellos) permite un relato histórico donde las explicaciones se fundamentan en abundante información y en ejemplos provenientes de todos los países (sin olvidar los “pequeños”, como El Salvador o Guatemala). Sin duda, la enorme diversidad de trayectorias en un espacio geográfico tan amplio como el que cubre el libro era el mayor desafío para una síntesis, pero los autores han resuelto bien esta cuestión, con atención a las interpretaciones generales, sin renunciar al análisis de las peculiaridades locales.

En lo que respecta a América Latina, los trabajos de Justo Cuño, Antonino Vidal y Héctor Grenni insisten en la vinculación entre el proceso de desposesión de las tierras indígenas y el crecimiento económico basado en la producción y exportación de materias primas. La expansión de la frontera agrícola y minera se explica en relación con la consolidación de una nueva estructura de la propiedad y con los aspectos cultural y político ligados a la consolidación de los Estados nacionales.

Cuño reconstruye, para el siglo XIX, este proceso de “asalto a las tierras indias” en cada uno de los nuevos países. De su relato destacan dos rasgos predominantes. Por un lado, los protagonistas y beneficiarios de la desposesión fueron socialmente diversos, ya que abarcaban desde las viejas oligarquías hasta grupos locales aupados por las nuevas oportunidades e incluso indios acomodados. Con el tiempo, también empresas extranjeras. Por otro lado, el destino de los indígenas fue el de una proletarización parcial o incompleta, que los dejó, en muchos casos, vinculados a los nuevos propietarios a través de mecanismos

como el endeudamiento o la semi-esclavitud. El autor proyecta esta reconstrucción histórica al presente con la intención de recordarnos que las actuales apelaciones a las culturas étnicas olvidan uno de sus componentes fundamentales: el espacio donde esas culturas se desenvuelven. De esa manera, consagran una especie de desterritorialización que Cuño juzga como una prolongación de la injusticia histórica.

El trabajo de Vidal complementa esta visión al analizar los modelos agroexportadores de los diferentes países. En apretada síntesis, el autor repasa una gran diversidad de productos agrícolas, ganaderos y del subsuelo (con una breve pero interesante referencia a los orígenes de la extracción petrolífera en Brasil, México y Venezuela) y pone de relieve, en cada caso, las implicaciones que tenían para la evolución de las estructuras agrarias nacionales. Los cambios en los mercados exteriores, con la irrupción de los Estados Unidos desde finales de siglo, fueron determinantes tanto en lo que respecta a los productos demandados como en la importancia que adquirieron las adquisiciones de tierras por parte de compañías del vecino del norte.

Por su parte, Héctor Grenni extiende el análisis hasta principios del siglo XX para explicar cómo los diferentes Estados trataron de fundamentar una lectura civilizatoria de los nuevos modelos sociales gestados desde la independencia. En este designio, convivieron diferentes concepciones sobre el lugar que la tierra ocupaba en el imaginario nacional: desde posturas abiertamente productivistas hasta las que trataban de acomodar el despojo producido a una idea vaga del bien común. Se trataba, en definitiva, de cómo integrar a los indígenas, que habían perdido las viejas protecciones coloniales de su acceso a la tierra, en Estados muy oligárquicos y donde la inmigración europea estaba contribuyendo a la ocupación de los nuevos espacios ganados para el modelo exportador.

A estos tres capítulos dedicados a la desposesión indígena y la formación de las economías agroexportadoras, siguen, en una especie de flujo y reflujo histórico, otros dos trabajos sobre los intentos, a lo largo del siglo XX, de revertir la fuerte desigualdad generada en el reparto de la tierra. El de Germán Carrillo, que, con casi cien páginas, podría constituir un pequeño libro sobre la materia, aborda las reformas agrarias, numerosas y diversas, emprendidas a lo largo del novecientos. Para ello, diferencia dos etapas separadas por el momento decisivo que supuso la revolución cubana. La primera, iniciada con otra revolución, la mexicana, asistió a la quiebra de ese modelo de Estado oligárquico garante de las desigualdades en torno a la tierra. En el México revolucionario, con sus sucesivos modelos de reparto de la tierra, en la Guatemala de Arbenz o en la Bolivia de la "Revolución nacional", vemos nuevas élites enfrentadas a la difícil conciliación de la redistribución de la tierra con la voluntad desarrollista e industrializadora de sus economías atrasadas. Tras la conmoción de la llegada al poder de Fidel Castro, las reformas agrarias vivirían sus "años dorados". Sin embargo, salvo en la Nicaragua sandinista, en Perú y, brevemente, en el Chile de Allende, estos procesos, animados por la Alianza para el Progreso, tuvieron poco efecto redistributivo y, en algunos casos, fueron "más metáforas que realizaciones efectivas", en palabras de Heraclio Bonilla (p. 239). A la postre, los índices de Gini apenas se alteraron y la desigualdad siguió siendo el rasgo más característico del agro latinoamericano. El caso de Perú, analizado por H. Bonilla, pone de relieve dos rasgos importantes: por un lado, que, aún con redistribución de la tierra, no hubo mejora sustancial de los ingresos de los más desfavorecidos; y, por otro, que las contrarreformas han alterado, aquí como en otros países, la voluntad transformadora inicial. Por otra parte, los trabajos de Carrillo y Bonilla confirman la centralidad que la tierra y el conflicto en torno a su distribución han tenido en el cambio político del continente hasta fechas muy recientes.

De los cuatro trabajos referidos a España, dos se ocupan de la cuestión de la tierra a lo largo del siglo XIX y hasta la Guerra civil y otros dos explican las transformaciones

producidas en la segunda mitad del siglo XX, especialmente en lo referido a la producción y las políticas agrarias.

Por lo que respecta a los primeros, Rosa Congost lleva a cabo una viva discusión de gran parte de la historiografía reciente sobre las transformaciones en la propiedad de la tierra durante la época liberal. La interpretación, que la autora ha ido perfilando en numerosos trabajos previos, propone una visión crítica de la legislación y de las lecturas que los contemporáneos hicieron de los cambios en la propiedad, lecturas que muchos historiadores habrían asumido sin cuestionarlas. Frente a ello, sería necesario atender a "... todos los procesos sociales de apropiación y expropiación de recursos, también aquellos que el simple estudio de las leyes no ayuda a visibilizar" (p. 265). De ese modo, surgen problemas y aspectos que no pueden darse por resueltos, como las transacciones informales, la importancia de los censos en el proceso desamortizador o las roturaciones arbitrarias, entre otros. El mercado de tierras fue solo uno de los mecanismos de transferencia de propiedad y, con frecuencia, se vio condicionado por prácticas cotidianas, a veces al margen de la ley, con el resultado de que hubo muchas vías diferentes tanto de acceder a la propiedad como de perderla. En cualquier caso, R. Congost nos recuerda que estamos lejos de conocer estos procesos en su enorme diversidad local, por lo que sus propuestas constituyen un programa de investigación en este sentido.

Una concreción de esta visión dinámica y multiforme de la propiedad la ofrece el capítulo de Sergio Riesco, dedicado a los bienes comunales en España. Se trata de un repaso de largo plazo sobre este tipo de tierras, que permite comprobar hasta qué punto la pugna entre la apropiación y la conservación del uso común atravesó las diferentes etapas políticas desde finales del siglo XVIII y, sobre todo, a partir de la revolución liberal. La privatización, de gran alcance, pero incompleta, respondió tanto a los cambios legislativos como a las iniciativas al margen de la ley por parte de sectores sociales diversos. Al propio tiempo, la reivindicación del carácter comunal tuvo también su propio recorrido histórico, que culminó durante la II República, un siglo después del gran impulso privatizador, tras haber contribuido durante décadas a la configuración de la identidad sindical agraria, especialmente la de carácter socialista.

Sin embargo, el debate público sobre los comunales y, en general, sobre la distribución de la tierra desapareció bajo la dictadura franquista y la desagrarización de la economía y la sociedad españolas a partir de los años 1960 desactivaron casi por completo la "cuestión agraria". A estas etapas dedica un extenso capítulo Carlos Barciela, que arranca con una apretada síntesis de la situación del sector en el primer tercio del siglo y del proceso de "contrarrevolución fascista" en el campo, durante la Guerra Civil. Sobre estas bases, se trató de construir un nuevo modelo agrario en los primeros años de la dictadura, que Barciela valora como un fracaso rotundo, tanto en lo que atañe a la producción como en los niveles de vida en el campo o en la situación alimentaria de la población. El autor ofrece una excelente caracterización de las sucesivas etapas a partir de los años 1940 y hasta la reforma de la PAC en 2003. En ella, combina la atención por el detalle con la interpretación de los grandes cambios, al tiempo que presta atención a multitud de aspectos relacionados con el sector agrario. La ruptura con la agricultura tradicional en los años 1960, seguida de la inserción de los agricultores en una cadena alimentaria que condicionaba tanto sus decisiones como las exigencias de la política agraria, transformó definitivamente el sector. Y la entrada de España en la Comunidad Económica Europea acabó por "desnacionalizar" la toma de decisiones, los incentivos y los criterios de reordenación de un mundo rural en el que, a los objetivos productivistas, se suman cada vez más otros de carácter inmaterial y cultural. En ese momento, el campo español era ya una parte del mundo rural europeo.

Los efectos de la globalización de la cadena alimentaria habrían sido muy diferentes en España y en América Latina y de ello se ocupa el capítulo de Ernesto Clar, dedicado a los treinta años que van de 1980 a 2010. Aunque en ambos casos la producción agraria creció muy sustancialmente, el grado de transformación de las estructuras productivas separa claramente las trayectorias. Frente a la desagrarización española, en América Latina perviviría una agricultura familiar de subsistencia que, junto a las profundas desigualdades en el acceso a la tierra, mantenían viva la “cuestión agraria”. Y, frente a la inserción en un mercado europeo muy regulado y con medidas de compensación a los cultivadores más desfavorecidos, el modelo agroexportador latinoamericano habría carecido de los programas supranacionales destinados a mitigar los inconvenientes del predominio del agronegocio y la globalización.

Finalmente, el libro se cierra con un trabajo de carácter general de Elisa Botella sobre el presente y el futuro de la agricultura familiar. Se trata de un tema que tiene una larga trayectoria teórica y empírica, pero que cobró una nueva actualidad a partir del informe del Banco Mundial de 2008, donde se defendía (de modo polémico) este tipo de explotación agraria como instrumento contra la pobreza rural en los países menos desarrollados. La autora lleva a cabo un completo estado de la cuestión sobre el peso de la agricultura familiar en el mundo, los debates sobre su grado de eficiencia y la relación de este modelo de explotación con la cuestión medioambiental y con la seguridad alimentaria. Si en los últimos años el desarrollo tecnológico y la globalización de la cadena alimentaria parecen dar ventajas a la gran explotación, la agricultura familiar puede resultar una pieza familiar para un desarrollo inclusivo y sostenible, tanto ambiental como socialmente. La cuestión permanece abierta, pero Elisa Botella ofrece abundantes argumentos y referencias bibliográficas para que el lector forme su propia opinión sobre este importante aspecto del desarrollo agrario.

En definitiva, la obra que comentamos no agota los temas tratados y presenta algunas ausencias de otras cuestiones de interés. Así, por ejemplo, hay un predominio de los aspectos relacionados con la distribución de la tierra y los derechos de propiedad, mientras la producción y el cambio técnico reciben menos atención. Sin embargo, esto era en buena medida inevitable y puede decirse que estamos ante uno de los libros más completos que pueda encontrar el lector sobre el tratamiento paralelo de las trayectorias agrarias de América Latina y España a lo largo de dos siglos de profundos cambios.

Salvador CALATAYUD GINER  
Universidad de Valencia  
Salvador.Calatayud@uv.es